

D. Ricardo Díez Hochleitner
Presidente de Honor del Club de Roma

La paz es el mayor desafío global, así como la máxima expresión y consecuencia última de una convivencia democrática practicada por la sociedad civil en todos los ámbitos. Sin embargo, el mundo sigue viviendo una paz precaria, frecuentemente conculcada por graves conflictos de diversa naturaleza y alcance en decenas de países de todos los confines de nuestro planeta. Al mismo tiempo, la violencia terrorista se extiende y contribuye a la amenaza de romper el delicado equilibrio de la gobernabilidad de muchos países y, por ende, la deseable paz mundial.

Tampoco habíamos alcanzado nunca antes tan altas cimas en términos de logros materiales o de derechos humanos, si bien demasiadas veces al precio de infinito dolor, de graves discriminaciones y marginaciones, de desigualdades e injusticias. Por de pronto ahí está presente el rápidamente creciente abismo entre pobres y ricos, incluso en el seno de los países más ricos con grandes bolsas de pobreza o miseria en medio de la abundancia. Cada vez más, la pobreza va del brazo del paro que ha traído consigo en gran parte las recientes burbujas financiera y la de las nuevas tecnologías, sobre todo en el sector servicios y en las grandes cadenas de producción, además de los casos de corrupción y mala o deshonesto y fraudulenta gestión empresarial. Sin embargo, en los países más pobres, la lucha para demasiada gente tan sólo es en pos de la simple supervivencia ante la falta de formación básica y profesional, de suficiente nutrición y agua bebestible, de graves problemas de salud, y falta de vivienda digna. La ambición y la falta de visión global, interdisciplinaria y a largo plazo por parte de muchos de quienes pretenden ser nuestros líderes esta en la raíz de muchos estos y de otros graves problemas.

De todos modos, pese a la explosión de la información y a un mayor acceso al conocimiento, aún nos queda infinito saber por descubrir. De ahí también las poderosas razones para la esperanza, tanto más si logramos progresar en sabiduría, la cual va siempre de la mano del ejercicio de los valores éticos y morales. Lamentablemente, sin embargo, es la crisis de valores y de liderazgo la peor de todas las crisis y problemas que actualmente sufre el mundo. En Europa campa el relativismo moral y, en general, el mundo está atenazado por el egoísmo, la intolerancia, el odio genocida de etnias y los nacionalismos exacerbados, la disparidad creciente entre pobres y ricos, así como por los rescoldos o repuntes del racismo y del fanatismo que creíamos superados, todo ello enmarcado en la insolidaridad y la ignorancia frente a una grave carencia de visión a largo plazo y de voluntad política para llevarla a cabo entre todos. Sin embargo, el aislamiento ya no es viable ante la creciente movilidad y entrecruzamiento de culturas.

En ese amplio y complejo contexto, cuajado de interdependencias, también se plantea la economía, el comercio y las finanzas globales ligados al devenir de los países, individualmente y en su conjunto. Esa es

la globalización que, de ser justa, no debiera ser arma arrojada de nadie sino más bien punto de partida de un nuevo orden internacional para un desarrollo sostenible humano y social de todos.

Frente a estos desafíos no se trata de proponer soluciones concretas paradigmáticas sino abrir el debate en torno a diversos escenarios locales, regionales y globales posibles y promover la conciencia colectiva sobre el alcance de los problemas y la viabilidad de las soluciones globales o locales posibles, a la vez que invitar a la creatividad, a la innovación y a la participación ciudadana en la detección de los problemas y en la formulación de soluciones alternativas viables en el seno de las diversas sociedades y culturas, siempre desde una convivencia democrática activa.

En la raíz de la mayoría de los conflictos subyacen múltiples prejuicios, discriminaciones, odios, xenofobias, egoísmos y deformaciones culturales profundamente enraizados que dan lugar a la ausencia o deficiente convivencia democrática de los pobladores de este mundo. En todo caso, la convivencia, condición esencial para la paz, nunca será eficaz ni viable a la larga si se pretende imponer por la fuerza sin mutua solidaridad, tolerancia y justicia. Tratar de conocer y entender a los demás, empezando por respetar sus respectivas convicciones religiosas, culturales y políticas, es la única manera de poder ser auténticamente tolerantes y lograr ejercer el imprescindible diálogo que cimienta la justicia, la cooperación y la paz. Negarse al diálogo es negarse a ser personas, a ser humanos. Una paz activa y generalizada entre todos los habitantes del mundo, basada en el diálogo constructivo, es prerequisite indispensable de un desarrollo sostenible para permitir vivir en plenitud espiritual y material, con bienestar y felicidad, en armonía entre todos los hombres y de éstos con la naturaleza o el medio ambiente.

Concretamente, el desarrollo económico, social y político de muchos países se ve atenazado hoy en día por múltiples factores internos y externos que conllevan secuelas de aislacionismo, envidia, ambición y, finalmente, confrontación. Así, por ejemplo, a falta de desarrollo endógeno en los países menos desarrollados se propicia la emigración masiva ilegal marcada siempre por el dolor y frecuentemente por la explotación seguida de rencor. Un comercio internacional libre para todos, entre países que respetan y ejercen los derechos y los deberes humanos, es esencial. Por el contrario, lamentablemente se fomenta el comercio de las armas, incluso por parte de países supuestamente amantes de la paz en aras de la seguridad, con lo que se refuerza la tentación y oportunidad de conflictos violentos en vez de contribuir a construir la paz. A tanta miseria se unen, para colmo, el narcotráfico junto con el tráfico de seres humanos.

La paz al igual que la libertad, para ser auténtica, no puede conformarse con ser una paz pasiva. La paz debe ser activa, constructiva, concebida y alentada desde la ética democrática y humanista a la vez que sostenida por una vigorosa voluntad política. De otro modo, desprovista de valores firmes y principios éticos y morales que garanticen la libertad, la justicia y la solidaridad, la paz se convierte en una paz a la

defensiva y frágil que cae fácilmente en connivencia con intereses inconfesables. Desgraciadamente tal es el caso de algunos movimientos que, para mayor confusión, toman nombres y objetivos que, en el mejor de los casos, no son más que un pobre sustituto de la paz honesta y valerosa que exige una visión a largo plazo. Hombres y mujeres de nuestro tiempo, pero sobre todo jóvenes que apenas han comenzado a vivir su vida de adultos, sienten cada vez más el agobio de grandes amenazas y tragedias potenciales, desde el espectro de un holocausto nuclear, siempre latente, al de nuevas armas de destrucción masiva, junto al tecno-terrorismo y las masacres, cuyo posible alcance ya ha estremecido al mundo en tiempos recientes.

Esos hechos execrables y condenables sin paliativos son utilizados luego a veces como excusa de actitudes y actuaciones insolidarias y agresivas totalmente injustificables. Mientras tanto se va acorazando la sensibilidad de muchos ante los graves conflictos en curso en diversas regiones o bien acallan peligrosamente su conciencia ciudadana pretendiendo que, si se inhiben, la violencia asesina y el terrorismo político extremista de cualquier signo sólo puede afectar a los demás.

Nuestros pueblos tienen que despertar de este engaño y reconocer:

- § que la paz es una y solidaria para los ciudadanos de cada localidad, de cada Estado y, en consecuencia, para los ciudadanos universales e incluso ciudadanos del mundo de todos los Estados;
- § que la paz es inseparable de la libertad, de la justicia social y de la democracia;
- § que la paz de cualquier región del mundo, aunque distante, es también parte de la garantía de paz para todos;
- § que la paz es el primero de los frutos de la educación y de la cultura de los pueblos.

De hecho, la paz es el mejor "caldo de cultivo" para la única gran batalla que vale la pena pelear por parte de cada generación y de cada pueblo: la batalla por el desarrollo cultural, social, económico, es decir, por los bienes del espíritu y del progreso en libertad y justicia.

Muchas gracias.

D. Ricardo Díez Hochleitner
Presidente de Honor del Club de Roma

TESTIMONIO SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA SOCIEDAD CIVIL

Pese a estar sumidos en una amplia crisis financiera y económica, debemos reconocer sin embargo que la verdadera crisis y causa prioritaria de tanta incertidumbre y ansiedad en nuestro tiempo se debe fundamentalmente a la crisis profunda y muy extendida en el mundo de falta de coherencia entre los valores éticos y morales proclamados frente a las actuaciones individuales y colectivas, junto con un liderazgo político presuntamente democrático, tan frecuentemente incoherentes con esos valores.

Frente a esta realidad y grave desafío no basta con proponer soluciones concretas paradigmáticas sino abrir y mantener el debate en el seno de la sociedad civil, local, regional y global, en torno a los escenarios globales y locales concretos a fin de promover una conciencia colectiva sobre el alcance de los problemas y la viabilidad de las soluciones globales y locales posibles y deseables. A tal fin deberíamos promover la creatividad, la innovación y la participación ciudadana activa en el seno de las más diversas culturas desde una convivencia democrática participativa y activa. Tal viene siendo afortunadamente el espíritu que inspira la celebración de estos Encuentros de la Sociedad Civil convocados por la Fundación Independiente.

El aislamiento ya no es viable ante la creciente movilidad y entrecruzamiento de culturas. En ese amplio y complejo contexto, cuajado de interdependencias se plantea el devenir de los países. Afortunadamente, además de la creciente extensión y acceso al conocimiento, junto a la explosión de la información aún nos queda el infinito saber por descubrir gracias al estudio, reflexión e investigación. De ahí también las poderosas razones para la esperanza de futuro si la sociedad civil logra progresar en sabiduría y amor fraternal hacia nuestros congéneres, amor que debe ir siempre de la mano del ejercicio de los valores, empezando por el diálogo, la libertad, el progreso y la justicia.

Sustraerse del diálogo es negarse a ser personas, a ser humanos, a ser miembros válidos de la sociedad civil. La paz en el mundo necesita de un diálogo amplio y continuo, también como prerrequisito indispensable de un desarrollo sostenible que permita vivir en plenitud, con bienestar y felicidad, en armonía entre todos los hombres y de éstos con el medio ambiente, en el hoy y en el futuro.